

Por Margaritainés Restrepo
Santa María
De El Colombiano

Una mucama del Tercer Mundo, en tierras de los "Harris-tócratas"

Mmmm... Lo sospeché en el mismo momento en que me bajé del tren, en la congestionada Estación Victoria, de Londres, un jueves, 19 de agosto, a las 4 y 32 minutos de la tarde.

Allí estaba él. Y su rostro "se empujaba", por encima de los hombros de sus vecinos. Lo rodeaban hombres y mujeres que llevaban en sus manos cartas, fotografías, pancartas con nombres, pañuelos rojos y otros objetos que hacían el papel de pistas o señales para facilitar el encuentro con quienes, como yo, eran esperados pero desconocidos visitantes.

Lo sospeché. La realidad no casaría con mi imaginación y mis expectativas... El no era alto ni pispito ni fuerte. Y tampoco se acomodaba a mis esquemas de lord inglés de traje de paño, corbata, chaleco, sombrero y paraguas negro. Era un hombre ojiazul y medio mono, pero pequeño, como su carro Mini Morris. Y me golpeó con su combinado de camisa sport, zapatos blancos y pantalón oscuro... "raro" seguro.

La realidad no casaba... Después de un elemental saludo, él cargó mi pesada maleta. Con dificultad, avanzó un metro. No tuve de otra que recuperar mi equipaje, antes de que su esfuerzo degenerara en torcida de columna o hernia.

Lo sospeché desde un principio... Atrás quedaban el libro Relatos de un Anticuuario y las charlas -a fuerza de mímica- con tres damas escocesas, que me acompañaron durante 3 horas y 40 minutos de viaje en barco, por un mar tranquilo, desde el puerto de Ostende, en Bélgica, hasta Dover, en la costa inglesa.

Atrás quedaban... El Canal de La Mancha. La aduana. Las dos empleadas de inmigración que confirmaron que mis papeles estaban en orden. Y esa pareja australiana, y esos alemanes, y el belga que compartieron conmigo el chu-cu chu-cu del tren que partió de Dover con destino a la ciudad donde la reina Chava tenía su residencia.

LA INMIGRANTE G089347

Fue mi decisión. Y a lo hecho, pecho... Me tocaba llenar el hueco que había dejado Mónica, una sueca, en la casa 7 Belmor, Deacons Hill Road, en la zona Elstree Herts, 35 minutos al noroeste del corazón de Londres.

Fue mi decisión. Estaría "al servicio" de una familia judía-inglesa: mister Gerald Harris -el hombre que no pudo con mi maleta- la mistera Corin Harris, los misteritos David y Richard y la mister perrita Tammy, de la raza York Terrier, la niña, capaz de llevar con dignidad el mismo apellido de sus "dueños".

Días después, y sin anestesia, me "marcaron" como la inmigrante número G089347. Ya era, entonces, una de las 400 personas extranjeras que se registraban, cada día, en la capital de Inglaterra.

USTED SERA FELIZ

"Estaré complacida de asegurarle una buena posición de au-pair en Londres, con una simpática familia con la cual usted será feliz. Su tarea es el trabajo doméstico suave (tender camas, sacudir, planchar, lavar, etc) y ayudar con los niños. Yo selecciono cada empleo, y sólo recomiendo aquellos donde las chicas estén satisfechas con todas las condiciones... La gente es querida, amigable y considerada. La harán sentir como en su propia casa."

Eso me escribía Hilde Budd, la jefa de Fiola Agency, con quien conseguí mi empleo. Y aunque los "subdesarrollados del Tercer Mundo" hacen tiempos que dejamos de creer en pajarritos de oro, no alcancé a vislumbrar que la clave de todo ese negocio estaba entre paréntesis... era el dichoso etcétera.

¿Trabajar de Au pair? Algo así como "yo te doy lecho y comida" y te pago unos centavitos, y tú me das toda tu fuerza de trabajo. Mezcla de niñera, dentrodera, mensajera, lavandera, razonera, cuidandera de perros, dama de compañía, cargadora de paquetes y en algunos casos -poco en el mío, cocinera.

... Au Pair. Formulita inventada por las naciones "desarrolladas" para identificar lo que nosotros llamamos muchacha del servicio... Una mucama -sin uniforme, pero muchas veces con título universitario-, en plata blanca.

¡QUE FAMILIA!

Au pair de el matrimonio Ha-

rris. Dueño de dos carros. De una moderna y "electrodomestificada" casa de dos pisos, con jardín por punta y punta; entapetada de arriba a abajo; con sala, comedor, salón de música, cocina, 5 piezas y 3 baños.

El hogar de Mister Gerald, el hombre feliz armando carros y barcos y haciéndose su café cada noche, en una jarra con filtro de papel. El hogar de la mistera Corin, con título Cordon Bleu; la lectora de revistas y libros de cocina, que escondía el jamón cuando le llegaba visita judía (porque se supone que la carne del cerdo está, para ellos, prohibida).

El hogar de David, de 7 años, devorador de televisión, noticias, radio música y medidor compu-

sivo de horarios. El hogar de Richard, de 4, el conversador y juguetón, que caía en cuenta de la existencia del cielo y del sol. Dos niños llenos de ropa, juguetes, comida y normas de disciplina. A duras penas, tocados por el cariño y la ternura.

El hogar de Tammy, la perrita afortunada de 3 años, que se alimentaba con pollo, omelette, postres y... té, por vivir en Inglaterra; la dueña de 7 collares, cintas rojas para su capul, un abrigo de cuadros escoceses, un pandequeso de caucho para entrenar sus diminutos dientes; y de todo el amor de sus dueños.

MANEJAR 30 TRAJOS

La clave era el dichoso etcétera... Y pronto lo entendería.

Cuando aterricé en casa de los "Harris-tócratas" -versión inglesa de los nuevos ricos-, apenas tuve tiempo de descargar mi equipaje y tomarme un café, antes de arrancar a lavar loza.

Descubrí que etcétera era, además de tender camas, lavar platos, baños, ropa y el piso de la cocina, sacudir, aspirar y cepillar a mano escaleras y socalos, a diario... peinar con una especie de rastrillo el mullido tapete del cuarto de los "amos", aprender a manejar 30 trajos, cepillos, líquidos para la limpieza y desinfectantes.

Que el Silvo, para los pollos de acero inoxidable. Que Mr Scheen, para los vidrios... Uno para la madera. Otro, para el mármol. El de más allá, para el cuero

Y las secretas fórmulas de vinagre, sal, agua, jabón, esponjilla y brasso para dejar relucientes las aparatitos de cobre de la estufa de gas (también la había eléctrica) que cada lunes, motivo limpieza exhaustiva, se desbarataba.

etcétera era cargar chécheres -sillas, baldes, rompevientos, "etc.", cuando la familia viajaba a la playa. Jugar con los niños -cricket, cometas, castillos de arena, lotería, carros-. Prepararles su baño, por las tardes. Cuidarlos en la noche -si sus padres salían-. Embetunar, forrar libros, hacer un ruedo, recoger regueros, brillar candelabros.

etcétera era, tener "encima" a una mistera fanática de la

higiene (ideal para la limpieza de los partidos políticos) que, como no tenía empleo, de fiapa se la pasaba en casa.

Y PICARLE POLLO A TAMMY

El dichoso etcétera era... picarle a la perrita Tammy, todos los días, muslo de pollo -caliente, sin cuero y, ni por el diablo, cocinado la víspera-. Servirle postre de merengue y frambuesas, en un precioso plato de porcelana, con flores rosadas. Sonreírle y casi, casi que contarle chistes. Cargarla, cuando viajábamos en carro. Y, por supuesto, sacarla a hacer "pis" y limpiar el "efecto" palpable de sus problemas sico-socio-digestivos cotidianos.

etcétera, etcétera... Hablar siempre con la patrona de compras, el colegio de los niños, la ropa, la nueva receta de cocina. De nada muy complicado... porque ya iban a decir algo muy importante en la televisión o se bajaba la torta que estaba haciendo la dama.

etcétera... No poder leer las cartas que me llegaban de mi país, hasta terminar mi oficio. Ver un medidor de "tiempo de conversaciones", para el teléfono, que poco me seducía. No clasificar para un programa de "repartida" de aguacate: "es una fruta muy cara, no sé si le gusta, a lo mejor ni aguacates conoce, Margarita." Y ver botar comida intacta a la basura, porque de eso, de tugurios y hambre, la señora Harris no sabía.

LA DE LA OREJA MOCHA

"Puede usar el teléfono pero no para conversar porque recuerde que es Mister Harris el que paga la cuenta..." (¿sabría ella, si no era para conversar, para que podría servir el tal teléfono?). "No le traiga regalos a los niños, que lo que ellos necesitan se lo damos Mr Harris y yo"... "Le compré este libro de cocina para pagarle las horas extras del año nuevo judío, porque pienso que le puede servir más que la plata". "Lo siento, se me olvidó pedirle su paga a Mr Harris..." Bueno... Y etcétera fue, también, tomar las cosas con buen humor y hacerme la de la oreja mocha, para no convertirme en protagonista de una nueva versión de Hansel y Gretel, y no someter a "mi ama" al proceso del lavado automático del horno o al del desgüe-triturador de la poceta de su cocina, una de esas mañanas, uno de esos días.

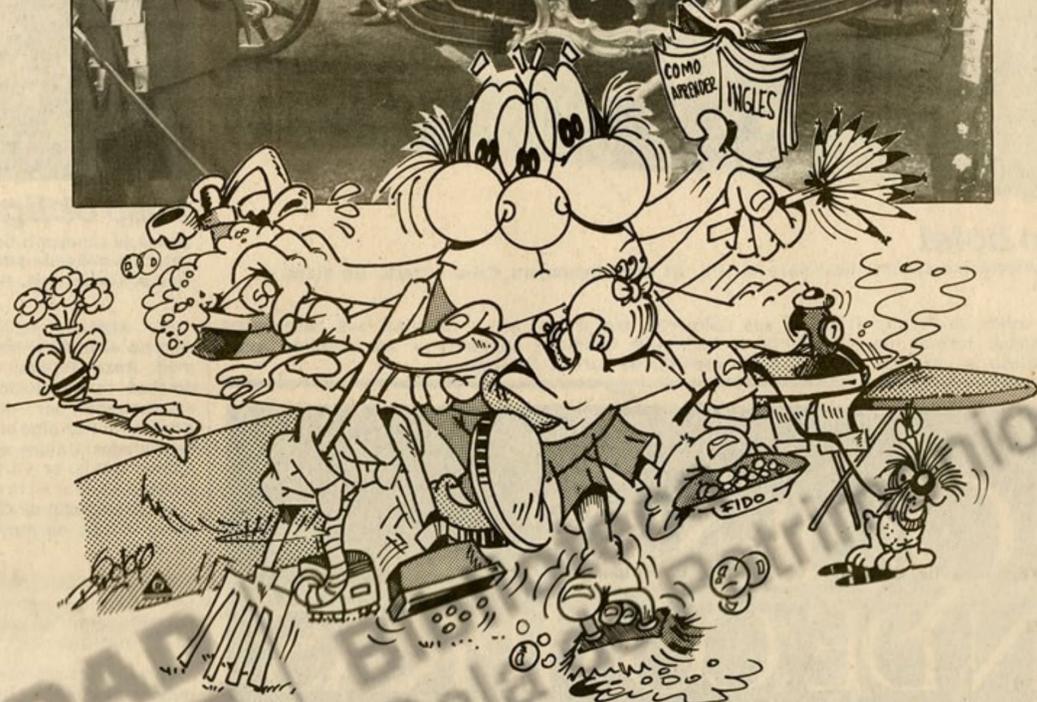
MI LIBERTAD

Au-pair del Tercer Mundo, en Londres. La escuela de la "mucamería" o "cómo se las ingenian los ingleses para poner a la gente a trabajar para ellos, todo el tiempo, y por poca plata".

Seis meses después... En una fría mañana, un 19 de febrero... Dije adiós a esa dama fría y distante. A ese señor con algo de bondad entre sus venas. A esos niños que, aunque enumeraban a las mucamas entre sus pertenencias y siempre decían Mr. y Mrs. Harris -nunca papá y mamá-, cuando hablaban con uno, luchaban contra un mundo adulto que pretendía aplastarles su "niñería". Y adiós a la contemplada e hiperquinética Tammy.

Ya encontraría otro empleo. Cantando con Moustaki, "Mi Libertad", dije adiós a la "Harris-tocracia".

"Mi libertad, mucho tiempo te he conservado como una perla rara. Eres tú quien me ha ayudado a zafar las amarras, para ir no importa dónde, para ir hasta el final de los caminos de la suerte, para coger, en sueños, la rosa de los vientos, sobre un rayo de luna. Mi libertad, mi alma se sometió a tu voluntad; yo todo te lo he prestado, hasta mi última camisa... Cambié de país, perdí mis amigos, por ganarme tu confianza..."



Más allá estaba Londres

Camarera en un hotel. Mesero en una cafetería. Ayudante de cocina en un restaurante.

Vendedor en una tienda. "Lava-platos" en una pub o bar inglés. Encargado del puesto de dulces en un teatro.

Más allá de las jornadas de empleada doméstica que arrancaban a las 7 y cuarto de la mañana, estaban las clases de inglés, dos tardes a la semana, cuando las palabras, por asuntos de ignorancia, rebotaban en las sillas, en el tapete, en las ventanas, en las calles.

Más allá de los muros de la casa de los Harris, estaba Londres. Y el encuentro con los trabajadores no calificados. Y, en un Wimpy, un Tasty Bar, un McDonalds, las historias del gremio de mucamas: "me dejaron sin comida el fin de semana"... "El político es pispito; el lechero simpático"... "mis patronos son judíos ortodoxos y tengo que lavar la vajilla de la leche y la de la carne, por separado"... "a mí me graban con unas cámaras de circuito cerrado de televisión..." "la paga no alcanza para nada".

Cada miércoles -mi día libre-. Algunas noches... Más allá estaba Londres. Diez minutos a pie, hasta la estación de tren. 35 minutos en tren, hasta King Cross-St. Pancras. Conexión con metro. "Aire", aunque fuera frío, aunque fuera contaminado. Una floristería, una vieja esquina, una tienda, un museo, un mercado al aire libre, una discoteca, una pieza de teatro, un músico callejero, una iglesia, un parque.

Más allá estaba Londres. Aunque fuera "caminado", si no había plata. Con un refugio de extranjeros -Students Center, del Brititish Council. El movimiento, los teatros, las tiendas de chécheres y los jóvenes drogados o "extravagantes", por Picadilly. Comercio fino cerca de Oxford Circus. "La esquina de los habladores" (Speakers Corner) de Hyde Park, donde usted se encontraba a un joven que se decía Jesucristo; a tres viejitas en mecedora, cantando; a un elegante negro especulando sobre la política, la economía, la moral y el empleo; desde el punto de vista del banano -y siempre cargaba un banano en sus manos-.

Más allá estaba Londres. Y

las caminatas a orillas del río Támesis. La profundidad del metro. Los buses de dos pisos. El aprendizaje de los horarios del transporte. La cena de los ingleses a partir de las 4 y media de la tarde. Los fanáticos escoceses de fútbol. Los taxis negros -de lujo-. Las huelgas. Los restaurantes chinos de media petaca para darse, con pocos centavos, una canita al aire. Trafalgar Square, para celebrar, con champaña, el año nuevo. Y, muy rara vez, el sol que hacía que los ingleses se tiraran a céntricos sardineles, para broncearse, en picada.

Más allá estaba Londres. Y las cartas escritas en parques y mesas. Y las palabritas que cada quien soltaba en su idioma. Que los árabes dicen Salam para saludar y Anta Darif a la persona amable. Que cuando un turco te dice Seny Seviyorum es que te ama. Y las hojas de libretas que se llenaban con direcciones y teléfonos de todo el mundo, y planes de futuros encuentros. Tal vez... algún día... se daban.

Más allá del muro de los Harris estaban los programas cálidos. Estaban Alfredo, María Antonieta, Rule, Turhan, Hirotsuka, Lucy, Amin, Vasiliika, Merchi,

Mariluz, Rolando, Jorge, Moisés...

Pero siempre llegaba la hora del regreso. Llegaban las carreras de medianoche, para alcanzar el último metro y el último tren, y reingresar al "mucamato", al servicio doméstico en casa de la "Harris-tocracia".

